

Puertas verdes y caminos blancos
Chela Reyes

Prólogo de Alejandra Costamagna

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

De la novela © Sucesión Chela Reyes
Del prólogo © Alejandra Costamagna

ISBN libro impreso: 978-956-357-403-6
ISBN libro digital: 978-956-357-404-3

Impreso en Santiago de Chile
Enero 2023

Directora editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editora ejecutiva
Beatriz García-Huidobro

Coordinadora Biblioteca recobrada
Lorena Amaro Castro

Diagramación interior
Alejandra Norambuena

Diseño de portada
Francisca Toral R.

Imagen de portada
iStock



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

PUERTAS VERDES Y CAMINOS BLANCOS

CHELA REYES

Prólogo de Alejandra Costamagna

Con la colección **Biblioteca recobrada. Narradoras chilenas**, la Universidad Alberto Hurtado busca dar nueva vida a la literatura escrita por mujeres en Chile desde el siglo XIX, con obras hoy asequibles solo en antiguas ediciones e incluso casi inexistentes en las bibliotecas de nuestro país.

Hemos seleccionado con este fin textos que consideramos atractivos para las y los lectores de hoy: desde novelas o cuentos a otras formas de relato de difícil encasillamiento genérico, debido al mismo lugar excéntrico que estas escrituras ocuparon en los campos culturales y en las inscripciones canónicas de su tiempo.

Esta selección de textos es apenas una contribución a la enorme reformulación crítica del canon y de la historiografía literaria, iniciada sobre todo por pensadoras e investigadoras que, a mediados de los años de la década de 1980, comenzaron a trabajar estratégicamente por una mayor visibilización de la escritura de mujeres en el campo cultural. Esta labor se lleva a cabo hoy a través de diversos esfuerzos académicos y editoriales, a los que nuestra casa de estudios busca contribuir.

La colección busca facilitar el acceso a personas dedicadas a la investigación —y también a lectoras y lectores de diversas edades e intereses— no solo la materialidad de estos libros, sino también recobrar las voces, las subjetividades y

mundos imbricados en ellos, que se habían tornado opacos o inexistentes en un campo cultural misógino, indiferente e incluso hostil a la creación de las mujeres.

En cada volumen de esta colección colabora una escritora o crítica, con un prólogo que busca acercar al presente estas escrituras. A todas ellas agradecemos su contribución. Para la realización de este trabajo se ha contado con un comité integrado por las editoras Alejandra Stevenson y Beatriz García-Huidobro (Ediciones UAH), junto a dos investigadores de la literatura chilena: María Teresa Johansson y Juan José Adriasola, (Departamento de Literatura UAH) y Lorena Amaro, coordinadora de la colección, crítica literaria y académica (Pontificia Universidad Católica de Chile).

El agua que aviva

Alejandra Costamagna

El pasaje Zulema Reyes ocupa una cuadra, poco más de cien metros, y está en la comuna de San Bernardo, en Santiago, entre el pasaje Pablo de Rokha Sur y la calle Braulio Arenas Sur, que son arterias bastante más extensas y que incluso tienen prolongaciones hacia el norte. Reyes, que siempre firmó como “Chela” y no como “Zulema”, convive de cerca con Manuel Rojas, Pedro Prado, Mariano Latorre, Daniel de la Vega, Juvencio Valle o Pablo Neruda —que en realidad es casi una avenida—. Por más que busco, no logro dar con María Carolina Geel, quien situó a Reyes en una cartografía propia, al incluirla en su ensayo *Siete escritoras chilenas*. Pero si una amplía el mapa virtual y afina la mirada, puede encontrar en una esquinita a Teresa Wilms Montt, a María Asunción Requena o, un poco más lejos, a Gabriela Mistral.

* * *

“Mi nombre es Chela Reyes. Estoy grabando en Santiago de Chile a... ¿a cuánto estamos? (se escucha una voz de

fondo que le sopla “a ocho”). A ocho de agosto de mil novecientos... del año de gracia de mil novecientos setenta y cuatro”. Es una voz trémula, no hay en ella imposición ni braveza. A sus setenta años María Zulema Reyes Valledor es dueña de una voz más bien aguda, finita, que sugiere la imagen de un cuerpo delgado. De buenas a primeras, hoy no es posible distinguir con precisión las marcas de clase en su habla. A medio siglo de aquella lectura en la Biblioteca Nacional es evidente que los códigos de expresión oral han cambiado. Sin embargo, la mención vacilante al “año de gracia” deja asomar las huellas de un conservadurismo religioso, acaso vinculado con aquella pertenencia de clase que inevitablemente se deslizará en sus libros. Aunque esto no impida apreciar rupturas importantes con el orden patriarcal y leer una incipiente conciencia feminista en su escritura. Como sea, su voz entonces es la de alguien que se emociona y no oculta el nerviosismo al hacer lo que ahora hace: leer sus poemas frente a una grabadora, saber que el registro quedará en la historia y que un pedacito de sí misma viajará en el tiempo. Después de presentarse, deja que se cuele el silencio en la sala. Alguien le hace una seña y Chela Reyes, la poeta, cuentista, novelista, autora de literatura infantil, dramaturga, columnista; la primera escritora en ganar el premio Atenea de la Universidad de Concepción, una de las primeras mujeres en recibir el título universitario de visitadora social, adopta un tono solemne, imposta la voz para generar esa cadencia de poeta que de golpe parece habitarla, y lee trece fragmentos de sus libros *Ola nocturna* (1945) y *Elegías* (1962), que serán trece audios de entre uno y seis minutos de duración, para terminar con

estos versos del poema “Venus”, inspirado en la Venus de Botticelli: “Una mujer que florecía absorta / desde unas aguas, en sedienta espera”.

* * *

“Esta casa no tenía jardín”. Así empieza *Puertas verdes y caminos blancos*, la novela publicada en 1939 por editorial Nascimento con la que Reyes ganó a sus treinta y cinco años el premio Atenea, y que luego de estar discontinuada y casi inhallable, reedita hoy Ediciones UAH en su colección Biblioteca recobrada. No hay jardín en esa casa de playa que la niña María Milagros ausculta un día de sol ardiente, acaso en sedienta espera, sin sospechar las resonancias que una naturaleza aguerrida tendrá en la formación de su subjetividad. Entonces tiene diez años, es extremadamente observadora y muestra un especial apego a la soledad, al silencio y a su autonomía. Observa todo y fantasea; se detiene y deja que fluya una corriente de emoción y pensamiento de la materia observada. Desconoce aún que esa conducta aloja el embrión de un despertar que tendrá varias etapas. Sus sentidos se enfocan ese día en un pequeño charco de agua. Y este es el efecto: “[...] junto a la llave del agua crecían, húmedas y verdes, unas plantas de hojitas redondas, levemente amarillas en los bordes, y que al cortarlas fluía de sus tallos un líquido lechoso. Debían tener un nombre. Yo no lo sabía y aún hoy lo ignoro, solo que para mí se llamaban esperanza, y aún me atrevo a afirmar que ellas fueron el origen de mi ansiedad soñadora, por todo lo que había de milagro en la súbita verdura de sus hojas, en ese desierto que se

extendía desde las acacias hasta la llave del agua, y desde la realidad hasta mi corazón”.

* * *

Entre el pasaje Zulema Reyes y la calle Gabriela Mistral, en San Bernardo, hay 2,9 kilómetros. Dependiendo de la ruta escogida, la caminata puede demorar entre 35 y 37 minutos. Chela Reyes no tenía auto y adoraba caminar. Es irónico pensar que su muerte, en 1988, fue en un accidente automovilístico. Le gustaba caminar en la playa, en el campo, en la ciudad, donde estuviera. Así lo hacía, por ejemplo, al ir desde su casa en Santiago, en calle Bandera, hasta la sede céntrica del Pen Club de Chile, del que fue fundadora junto a su esposo, el escritor, pintor e ilustrador Luis Meléndez Ortiz. Caminaba también unas cuadras hacia el norte, cruzaba el río Mapocho y se internaba en la Chimba para asistir a las reuniones del Sindicato Profesional de Escritores de Chile, fundado por Pablo de Rokha. Caminaba seguramente hasta las oficinas del correo para enviar sus libros a Gabriela Mistral. Las separaba un charco de distancia, miles de kilómetros. Mistral recibía los libros y le escribía de vuelta. “He tenido en el año que pasó, en el comienzo del que entra cuatro fuertes y lindas alegrías: leer en Cuba un libro de Dulce María Loynaz, leer aquí otro de Isa Caraballo y leer el suyo, Chela, su hermosa novela hecha y derecha (leí un poco antes en la Argentina *La amortajada*, de María Luisa Bombal, bella obra)”, apunta Mistral en 1940, a cinco años de recibir el Premio Nobel, refiriéndose a *Caminos verdes y puertas blancas*. Y continúa: “Es un signo impresionante e indudable de la

creación despierta y valiente de la mujer americana que ya no tiene miedo y que tampoco tiene ignorancia de técnicas, porque ya posee el idioma de la abundancia [...]. Piense usted, si no ha de sorprenderme el libro suyo, sin tanteos, sin tropezones criollos, claro y limpio como un día nuestro de enero [...]. Lo que yo tengo que expresarle es mi vivo agradecimiento por haberme hecho repechar con dulzura y gozo muchas cosas de la adolescencia. Un libro es muy veraz cuando da estas emociones y resucita un suelo para los ausentes”.

* * *

Un suelo para los ausentes. Las cinco últimas palabras de Mistral traen de vuelta la imagen del jardín. Dos asociaciones libres:

Una: “Pero otra vez te digo, / ahora que el silencio te envuelve por dos veces en sus alas como un manto: / en el fondo de todo jardín hay un jardín. / Ahí está tu jardín, / Talita cumi”, escribe Olga Orozco en “Pavana para una infanta difunta”, poema dedicado a Alejandra Pizarnik. El jardín como el lugar que esconde algo más allá de lo visible, que trasciende el presente. Incluso trasciende la temporalidad de los vivos. El jardín al fondo del jardín como el posible espacio de ensueño en el caso de la novela de Reyes. El espacio que se sostiene en lo real pero que lo expande.

Dos: “Debemos cultivar nuestro jardín”, leemos al final de la novela *Cándido*, de Voltaire. ¿Qué significa con

exactitud eso? ¿Atender lo que está a nuestro alcance? ¿Saber distinguir aquello que nos incumbe? ¿Cuidar lo que nos constituye? ¿No desperdiciar los pequeños placeres? En el caso de la protagonista de *Puertas verdes y caminos blancos* ese jardín ausente del inicio es también la marca de su deseo. El deseo de un arraigo, de un lugar propio donde poner la vista y permanecer. Y quizás también el de la prematura fuga de los modelos de normatividad que asoman en su horizonte.

No hay jardín pero hay una llave de agua de la que caen gotitas de las que se forma un charco del que brotan ideas de las que surgen palabras de las que se alimenta el relato de un agua que aviva y de una conciencia que bulle y de un corazón desbandado y de un mundo paralelo que desplaza a la realidad y sin querer, sin querer, la acrecienta.

* * *

Me desdigo. Vengo diciendo que “así empieza” esta novela, pero no es exactamente así como empieza. Es decir, la historia enmarcada se inicia de ese modo, pero hay un relato marco que la contiene y viene dado por una voz narrativa identificada como “la autora”, que ocupa las dos primeras páginas¹. Dice: “Voy a contar la historia de una niña, cuya mayor cualidad era la de ser mujer, y cuyo mayor defecto el de desconocer la realidad de la vida”. Y ahí,

¹ Para Ivette Malverde, la narradora funcionaría como una prolongación de la protagonista que, a su vez, se prologaría en “nosotras las lectoras” (174).

en esas primeras treinta y cinco líneas, leemos a un “yo” ambiguo, que goza de un conocimiento privilegiado del material que va a compartir pero que admite un grado de incerteza. Dice no saber dónde “oculta hoy su bandera de libertad” la adulta que fue niña, y se disculpa por apropiarse de aquella voz y escribir en primera persona. Es por medio de los diarios y cartas de la muchacha que, dice, ha podido reconstruir los acontecimientos que ahora narra en pasado. “Ella no se descubrió”, asegura. “Soy yo quien va marcando en las etapas de este recuento, los hechos, que, en su infancia, adolescencia y plenitud, han de dar la clave de su transparente despertar”. Está asumiendo acá un armado, una construcción estética. Una ficción dentro de la ficción. Los límites entre el supuesto documento y su elaboración en relato (pero también entre la realidad de la protagonista y sus ensoñaciones) se vuelven difusos. Hay algo adelantado y cautivante en la ambigüedad de esta operación, así como en la complicidad que establece con quienes leemos.

* * *

Si esto fuera una sinopsis o la escaleta de una serie, podríamos desglosar la historia en diez hitos (advertencia de *spoiler*):

1. María Milagros tiene diez años y está, un día de enero, frente al charquito de agua que se forma por las gotas que caen de una llave. Se siente extasiada por los dones de la naturaleza. La madre rompe el hechizo y la devuelve a la realidad. Las palabras pronunciadas

en la mesa donde toman el té rechinan en su mundo interior. Nada como sus soliloquios, que son pura “elegancia de pensamiento y de forma”. Aunque por esos días vaya con los primos y amigos a ver el mar, la niña mantiene su ensimismamiento. “Yo siempre me quedaba atrás con las criadas”, dice.

2. A los trece años, en el desvío de una caminata, presencia a una pareja acariciándose entre unos matorrales. Hay murmullos, risitas y un grito agudo. Qué es esto, ay. María Milagros se lleva las manos a los pechos, su piel arde. Lloro. Desconoce la emoción que está experimentando. Al llegar a casa se da un baño de tina y observa su cuerpo. Si antes observaba las hojitas en el charco, ahora es ella la materia de su pesquisa. Es el despertar de su erotismo. En adelante, una seguidilla de escenas la muestran habitada por el deseo. Una canción viril que se filtra por la ventana, un cuerpo que imagina desnudo, un vecino que la obnubila, otra pareja besándose. Percibe “un llamado externo hacia el mundo real” que la aleja, momentáneamente, del encierro en sí misma.
3. A los quince años recuerda con frecuencia a su padre muerto, con quien compartía el gusto por el silencio. Al tiempo, la madre se empareja con Eduardo, quien despierta la simpatía de María Milagros y al que describe como un hombre “pobre”.
4. A los diecisiete años se siente atraída por un amigo de Eduardo. La atracción es mutua. El pretendiente

nunca tendrá nombre en la historia. Vendrá el primer beso y ella sentirá que pierde la noción de la vida; que su cuerpo, “ardido de pasión, vibraba”. El despertar de la sexualidad está desplegado. Pero ocurre algo más: el hombre le recuerda a su padre y lo ve como una figura que lo sustituye. Luego del beso, lo lleva de la mano al escritorio del padre y empieza a decirle que... Pero él la frena y le pide que separe aguas.

5. La madre comenta que un ex ayudante del padre, Gilberto, ha quedado paralítico y necesita un lugar donde vivir junto con su joven esposa, Micaela. María Milagros propone que les cedan dos de las tres piezas que forman su “refugio” en el segundo piso; dice que ella puede acomodarse en una sola. “Y a la muchacha la podemos ocupar en casa”, sugiere. Pero no será necesario: Micaela trabaja afuera, en un taller.

6. La madre anuncia el matrimonio con Eduardo. A María Milagros le provoca angustia. No por la madre, sino por lo que ocurre a continuación. El pretendiente la mira y le dice “ya nos casaremos también nosotros”. Y eso, crac, es un tallo que se rompe. Dirá la narradora: “Todo, todo eso lo esperaba de sus labios, y lo espantoso era, que más que esperarlo, lo temía”. A ella no le interesa el matrimonio. “Yo solo quería amar, amar sin principio ni fin, por la pura dicha de sentir”. Así se lo hace ver al hombre y él suelta cuatro letras en signos de exclamación: “¡Loca!”.

7. Las cosas empeoran. María Milagros se va con la madre a pasar unos días al campo. Y ahí reaparece su inclinación a la soledad. Siente que el amor con el pretendiente ya no la satisface. Se lo dice a la madre, pero ella no la entiende y también la llama “loca”. El jardín de esta tercera vivienda familiar, el “silencio vegetal”, la reubica y le devuelve el equilibrio. Comprende que algo en ella se ha liberado de las ataduras de un amor convencional. Es el inicio de un despertar de otro orden, que cuajará unas páginas y unos días más adelante.
8. Viene un cruce de cartas entre María Milagros y el hombre. No se entienden, se reprochan. La muchacha sabe que quiere cortar la relación, pero su deseo sigue muy vivo. Vivo incluso al observar a la madre y a Eduardo acariciándose. Es un deseo, sin embargo, que ya no está anclado en el pretendiente. Al fin se siente libre. Por lo demás, ya no proyecta al padre en ese ni en otro hombre.
9. De vuelta en la ciudad, la muchacha observa con atención a Micaela. Le parece llena de vida e imagina “sus senos libres ante las miradas turbias de los hombres”. Una tarde escucha los llamados de Gilberto en la pieza contigua. Pero la mujer aún no vuelve del trabajo. El hombre parece desesperado. María Milagros está a punto de intervenir cuando oye que Micaela regresa. Él le pide que se acerque a la cama, intenta abrazarla, retenerla, pero ella se niega. “Estoy tan cansada”, le dice. Enciende una llave y deja correr

el agua en algún lavatorio. El agua, la llave, el charco. “Micaela, ven”, dice él con un tono distinto, más autoritario. Discuten. La niña, al otro lado del muro: “Y sentí cómo ella se fue acercando, magnetizada, como una pobre bestia resignada y buena. Y sentí cómo toda su insolente juventud iba a yacer una vez más entre los brazos de ese harapo, por costumbre, por lástima, mientras afuera, en las avenidas, el amor desesperaba en llamados”. Entonces el vuelco. “No, no”, dice la mujer. “Luego, un portazo, unos tacones pisando rápidos los débiles peldaños de la escalera, y unos pasos ligeros que corrían calle abajo al encuentro de la vida”².

10. En ese instante cuaja el último despertar de María Milagros. La urgencia de tomar las riendas por la autodeterminación de su cuerpo. Como en una operación espejada, esa misma tarde atiende una llamada del pretendiente. Que necesita verla, que se junten ahora mismo, pide el hombre. No, dice ella, mejor mañana. “Estoy tan cansada”, zanja. Está tan cansada como está cansada Micaela, está tan dispuesta a decir no, no, no. “Como tú quieras, mi vida”, dice él. Y ella se ríe para sus adentros: “¡Su vida! ¿Pero es

² Es inevitable traer acá el portazo de Nora en *Casa de muñecas*, la obra que Ibsen escribiera en 1879. La protagonista experimenta una revelación y se da cuenta de que ha vivido con un extraño y ha sido una muñequita manipulada, y manda al hombre, al matrimonio, a los hijos y a la falsa vida feliz al carajo. Y dice adiós. Y ese adiós es un portazo que retumba en la sala.

que aún se creía dueño de mi voluntad?”. Y corta la llamada. Y por poco se escuchan el portazo y los tacones pisando una escalera. La novela termina con la palabra “Fin”. Es el fin, sí. Pero es también el origen de una mujer que ha florecido “absorta desde unas aguas, en sedienta espera”.

* * *

Justo antes de leer “Venus” en la Biblioteca Nacional, aquella tarde de agosto de 1974, Chela Reyes ha declamado el primer poema de su libro *Elegías*. Es un homenaje a Gabriela Mistral, que ha muerto un día de enero de 1957. Su voz: un hilito a punto de cortarse. “Mistral yo te recuerdo, puelche errante / arrebatada en despeinado vuelo! / Aquilino y triunfal, la línea lanza / de tu perfil volteado al embeleso”. Es un poema extenso. Han pasado más de treinta años desde el primer intercambio y hay admiración y afecto, emoción y técnica en las palabras de Reyes. “En el fondo de todo jardín hay un jardín”, parece susurrar hoy.

* * *

Mistral ha dicho con justicia que Chela Reyes demuestra no tener miedo ni ignorancia de técnicas. Y también que posee el idioma de la abundancia. Esa abundancia, sin embargo, aparece en ocasiones como sobreabundancia de adjetivación o como tendencia a una escritura engolada. Pero a pesar de esos detalles, a pesar incluso del universo de servidumbre y choferes, comodidades y privilegios

extraordinarios que se ven internalizados en la novela, hay un gesto rupturista en María Milagros. El hecho de que la liberación de la protagonista sea gatillada por el comportamiento de una muchacha ajena a su clase la ubica en un lugar de incomodidad, la corre de la inercia social. Pero hemos visto que el malestar viene de antes y tiene que ver, más bien, con la defensa de su espacio autónomo. Es la niña mirando el agua apozada, sin saber que está avivando adentro suyo una oleada irrefrenable. Un flujo que más tarde la hará romper con los mandatos de género asignados. No es un dato menor que esta novela haya sido publicada cuatro años después de que en Chile las mujeres votaran por primera vez en las elecciones municipales y diez años antes de que se aprobara el voto femenino en las elecciones parlamentarias y presidenciales. La protagonista, ese yo camuflado en “la autora”, absorbe las demandas y los giros de su época. Como dirá María Carolina Geel, quien no tiene calles ni pasajes en la comuna de San Bernardo (o no hallables a simple vista en el mapa virtual de 2022) pero tiene sobrada visión para apuntar el cariz subversivo de la escritura de Reyes, algunos de sus personajes rabian y se fastidian “con el amor estilizado de los amantes de Balzac”. Así ocurre, ya lo vemos, en *Puertas verdes y caminos blancos*. Dice Geel: “Casi dan deseos de exclamar ¡bravo!”.

* * *

¡Bravo!

Bibliografía citada

- Geel, María Carolina. *Siete escritoras chilenas*. Santiago: Editorial Rapa Nui, 1949.
- Malverde, Ivette. “Chela Reyes (1904-1988)”, en Rubio, P. (ed.). *Escritoras chilenas: Novela y cuento*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1998.
- Mistral, Gabriela. “Carta de Gabriela Mistral a Chela Reyes” [ms.], repr. *El Mercurio* del 21 de abril de 1940. Biblioteca Nacional Digital. Disponible en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-139945.html>-Mistral, Gabriela.
- Orozco, Olga. “Pavana para una infanta difunta”, en *Mutaciones de la realidad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1979.
- Reyes, Chela. *Elegías*. Santiago: Editorial Nascimento, 1962.
- . *Ola nocturna*. Santiago: Ediciones La semana literaria, 1945.
- . “Poemas voz de la escritora / [grabación sonora]: Chela Reyes. Lado A de 1 casetes son. (ca. 30 min.)”. 8 de agosto de 1974. Biblioteca Nacional Digital. Disponible en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/625/w3-article-153523.html>.
- . *Puertas verdes y caminos blancos*. Santiago: Editorial Nascimento, 1939.

PUERTAS VERDES Y CAMINOS BLANCOS

Chela Reyes

Voy a contar la historia de una niña, cuya mayor cualidad era la de ser mujer, y cuyo mayor defecto el de desconocer la realidad de la vida. Se deslizó por ella como la figura central de sus sueños con la livianura de las cosas cuyo volumen nada evidencia, a no ser por la irradiación de su propia música o de su halo de magnético temblor.

A través de su diario y de sus cartas, surge esta pura niña, espontánea y desierta de toda fealdad. Y soy yo, somos nosotros los que vamos descubriendo al reconstruir su historia, en apariencia tan simple, el contenido pleno de su profundo sentido de belleza.

Ella no se descubrió. Soy yo quien va marcando las etapas de este recuento, los hechos que, en su infancia, adolescencia y plenitud, han de dar la clave de su transparente despertar.

Yo no sé en qué parte del mundo oculta hoy su bandera de libertad. Seguramente vivirá de sus sueños, sin necesidad de salir de sí misma para verlos venir en cortejo amable. De sus sueños, en sus sueños, por sus sueños. Nada más.

Plenitud de antena.

Ahora, mirémosla nacer hacia adentro desde sus diez años, dándole la atmósfera de silencio sorprendido que necesita su gracia. Hay algo de pueril, cansada e inconsciente búsqueda de sí misma a través de la naturaleza. Dejémosla así, porque cuando sepamos algo más de su vida, hemos de volver fatalmente hacia atrás, para justificar en la infancia los pasos de la mujer. Y ver, por sobre todo, la prodigiosa

sinceridad de un alma, que no nos pide nada, y en cambio nos da su aroma de gracia.

Séame perdonado que hable en primera persona. Es leyendo su diario como voy reconstruyendo una vida, con su elemento de soledad.

La autora